

120.000 EJEMPLARES VENDIDOS EN FRANCIA

LAURE ADLER

# LA VIAJERA DE NOCHE



*Ariel*

Laure Adler

# La viajera de noche

Traducción de Isabel de Miquel

*Ariel*

Título original: *La voyageuse de nuit*

Primera edición: septiembre de 2022

© 2020, Éditions Grasset & Fasquelle  
© 2022, Isabel de Miquel Serra, por la traducción

El coste de esta traducción ha sido cubierto por una subvención concedida por el Centre National du Livre, al que agradecemos su apoyo.



Derechos exclusivos de edición en español:  
© Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.  
[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

ISBN: 978-84-344-3542-1  
Depósito legal: B. 12.543-2022

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual

(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



## Índice

El sentimiento de la edad .....	23
La experiencia de la edad .....	73
La visión de la edad .....	123
A modo de epílogo .....	173
<i>Bibliografía.</i> .....	187

Es la hora de la siesta en un día de pleno verano. En la casa de vacaciones todos duermen. Subo por el empinado camino entre zarzas que lleva a las rocas desde donde te puedes tirar de cabeza. Delante de mí, un hombre hace *jogging*. Lleva una camiseta sin mangas y un pantalón corto, todo muy ajustado. A pesar del calor, no parece que sufra. En su cuerpo longilíneo se dibujan los músculos con nitidez. Siento envidia y maldigo mi edad, que no me permite ese tipo de placer. En lo alto del camino, el hombre se detiene frente a un coche y abre el maletero. Está de espaldas a mí. Coge una toalla para secarse el sudor de la frente y se da la vuelta. Es un señor de una cierta edad, o de una edad cierta, ya no sabemos cómo denominar a esa frontera invisible, personal, subjetiva y objetiva a un tiempo, a partir de la cual se alcanza... una región en la que ya no es posible hacer trampas, ni con uno mismo ni con los demás. Me siento engañada. ¿Por qué? ¿Acaso los viejos no tienen derecho a parecerse a los jóvenes? ¿Imitan desesperadamente a los jóvenes porque no aceptan su edad? ¿Por qué se niegan en redondo a parecer viejos, desdeñando la verdad de su edad? Pero ¿qué significa la verdad de la edad?

Y yo, ¿qué edad tengo? Setenta años. Pronto llegará la vejez, por más que una parte de mí no quiera pensar en ello. Soy consciente de que tengo una cierta edad, pero todavía no, o eso espero, una edad cierta. Me encuentro en una especie de zona de transición. Las consecuencias de la edad no me han alcanzado de lleno todavía, aunque algunas cicatrices de la vida, físicas y psíquicas, ya no se borrarán. Me tumbo sobre las rocas. ¿Por qué tengo la osadía de pensar que mi cuerpo está más acorde conmigo misma que el de ese hombre que actúa como si tuviera aún treinta años? Me duermo preguntándome qué edad me gustaría tener si me dieran esa posibilidad. Veinte años no, desde luego. Lo hice todo demasiado deprisa, demasiado pronto. A los veinte años ya era una vieja adulta con responsabilidades de adulta, y vivía con personas mucho mayores que yo. Simulaba ser adulta y no lo lograba. Como dice Paul Nizan: «Todo es amenaza de destrucción para un hombre joven: el amor, las ideas, la pérdida de su familia, la entrada en el mundo de los mayores. Es duro aprender a ocupar tu lugar en el mundo». Para una chica también es complicado ingresar en el mundo a los veinte años, sobre todo si finge desconocer las dificultades y se comporta como si todo fuera bien. Al igual que el autor de *La conspiración*, no dejaré que nadie diga que los veinte son la edad más hermosa de la vida.

Estoy en un tren entre Lyon y Clermont-Ferrand un día de canícula. A la hora de comer entro en el bar, casi desierto en la jornada festiva. Delante de mí hay un hombre. Le suena el móvil. El hombre responde malhumorado y en voz alta, demasiado alta: «Sí, sí, todo va bien. ¿Por qué te preocupas? ¿Me tomas por un viejo

gagá o qué?». Su voz se eleva cada vez más, y su letanía, sus reproches, son interminables. Los escasos pasajeros fingen no oír nada. Cuando llega ante la barra, el hombre cuelga por fin y se dirige al camarero: «Era mi hijo. Se cree que soy idiota. Con la excusa de que soy viejo, se preocupa cuando viajo solo». «Debería alegrarse de que se ocupen de usted», le responde el joven, en un tono tan solemne y profundo que su interlocutor se queda con la boca abierta. Tal vez no se le había ocurrido nunca.

¿Quién se ocupa de los viejos en nuestra sociedad? ¿De los viejos verdaderamente viejos? Antes los llamábamos «ancianos», ahora no nos atrevemos. Normalmente son sus hijos quienes se ocupan de ellos. ¿A qué precio? ¿De qué manera? ¿A partir de qué momento tienes que ocuparte de tus propios padres cuando se convierten en niños grandes? Responsabilizarse de ellos se convierte en un modo de vida, una obsesión, un tormento, una búsqueda que te lleva a reevaluar a tu pesar la escala de las edades y tu relación con el tiempo. ¿En qué clase de sociedad vivimos donde la ceguera ante la realidad compite con la mala fe de las instancias políticas que, sin dejar de hacer profesión de fe humanista, nos quieren hacer creer que se ocupan de la cuarta parte de nosotros, cuando de hecho estamos abandonados a nuestra suerte, con las familias en primera línea?

Vivimos en un país de viejos que será cada vez más viejo, y simulamos que no lo vemos. En los últimos treinta años, la esperanza de vida de los franceses ha aumentado un 30 por ciento, y el 80 por ciento de esos años se viven sin incapacidad notoria. En 2050, habrá cinco millones de mujeres nonagenarias. En 2070, una

persona de cada dos tendrá más de sesenta y cinco años y, en 2100, la esperanza media de vida será de noventa y cinco años. No vamos a exponer aquí todas las cifras de los demógrafos, los estadistas y los gerontólogos... pero ¿por qué lo que debería ser un avance demográfico y un salto cualitativo —no me refiero a personas que sufren, sino en buen estado de salud— se vive como una catástrofe colectiva, una pena nacional, una señal de desorientación de nuestra sociedad, que se vería copada y gangrenada a causa de los viejos, por quienes sentimos más temor que veneración, a quienes preferimos esconder antes que escuchar? ¿Por qué? ¿Sentimos vergüenza? ¿Qué parte de nosotros perdemos al aceptar eso en silencio? «El hombre no es una cosa; por consiguiente, no es un objeto que pueda tratarse como un medio, sino que debe ser considerado en todos sus actos como un fin en sí mismo».\* Esto decía Immanuel Kant hace tres siglos. Al considerar a los viejos como algo de lo que hay que deshacerse, un sobrante, perdemos algo de nuestra humanidad. ¿Y por qué nosotros, en particular, cuando en otros países europeos la vejez es objeto de solicitud, por retomar el vocabulario kantiano, mientras que en Francia los viejos se han convertido en cuerpos molestos y un tema de tan escaso interés, embarazoso incluso, que preferimos esconder la suciedad debajo de la alfombra y no hablar de ella? Vejez, silencio ensordecedor. Vejez, desespero a gritos. Vejez, tema vital, sin embargo, tema principal que nos concierne a todos y a todas, cualquiera que sea nuestra edad. Vejez ciudadana. Vejez, benevolencia. Vejez, don de uno mismo. Vejez, principio eminente del derecho que condiciona nuestra relación con los demás. Todas y todos tenemos el derecho y la capaci-

\* La traducción de todas las citas referenciadas es mía. (*N. de la T.*)

dad de querer convertirnos en viejas y viejos sin que nos arrojen a las papeleras de la historia posmoderna.

¿Cuántas veces me han dicho, cuando daba a conocer el tema en el transcurso de esta investigación: «Pero ¿no te da miedo?», «¡Qué asunto más triste!», «¿Eres masoquista o qué?», «¿Por qué te empeñas?», «Nadie quiere oír hablar de eso...»? Sin embargo me lo he pasado bastante bien en mi búsqueda, y lo único que hago —con toda modestia— es retomar el tema que obsesionó a Simone de Beauvoir en el último tramo de su vida. En un libro notable, si bien con una acogida discreta, titulado sencillamente *La vejez*, Beauvoir quiso romper la conspiración del silencio y expresó su inquietud por una sociedad que despreciaba y maltrataba a sus ancianos. Actualmente hay que reconocer que el balance sigue siendo negativo, que la indiferencia gana terreno, que las desigualdades económicas y sociales se acentúan, y que cumplir años se ha convertido en... un defecto, como mínimo, para los más ricos, que tienen medios para combatirlo, en una desgracia y una disminución para la mayoría de nosotros, o en una vida desastrosa para los más frágiles. Esta simbólica puesta en fuera de juego de nuestro futuro resulta inquietante en más de un sentido: en lo político, en lo económico y en lo social, pero también a causa de la definición y la comprensión de lo que significa vivir, estar en el mundo. ¿Seguiremos asistiendo a una deshumanización sistemática de las clases de edad —el número de viejos muy viejos va en aumento— sin presentar resistencia, sin proponer otras soluciones? No lo creo, ya que los cuidadores de ancianos —hombres o mujeres— son numerosos, silenciosos y ejemplares, y así lo han de-

mostrado de forma admirable durante la pandemia. No solo las estructuras familiares resisten todavía de forma notable, sino que las redes asociativas se multiplican y son cada vez más imaginativas y creativas, y también los médicos y los investigadores progresan día a día en el descubrimiento de nuevos medios para cuidar de una población que se ha vuelto invisible.

Siempre somos el viejo o la vieja de alguien. Más nos vale prepararnos.

Estoy nadando en la piscina municipal de mi barrio, en la calle reservada a la braza.

Voy los domingos por la tarde, un momento poco frecuentado por los musculosos hombres tatuados que practican con ostentación el estilo espalda. Una señora de mi edad adelanta sin esfuerzo a un treintañero. Una, dos, tres veces. Es tan elegante y eficaz en sus movimientos que deduzco que se trata de una antigua campeona. El joven le bloquea el paso justo a mitad del recorrido para obligarla a nadar más despacio. La mujer toma una inspiración, pasa por debajo del hombre y sigue nadando. El hombre le bloquea el paso en el otro extremo de la piscina, se quita las gafas de nadador y le escupe en la cara gritando: «Vete a la mierda, vieja asquerosa, deja de fastidiarnos y de fingir que vales más que nosotros». La mujer sube en silencio la escalerilla de la piscina, coge sus chanclas y desaparece.

Por citar a Victor Hugo, que tan bellamente habló de la vejez, este texto, que más que un libro de ensayo es un

cuaderno de notas, un amoroso vagabundeo al país de la literatura y la poesía, una investigación abierta al encanto de los encuentros y al azar de las preguntas en esos lugares «de retiro», recoge las cosas que he visto.\*

¿He entrado en la vejez? ¿Cómo se entra? ¿Por qué la mayor parte del tiempo no queremos saberlo? ¿Qué señales nos indican que hemos superado una barrera? Cuando conseguimos superar una barrera, como la del océano Atlántico, ¿qué es lo que nos permite seguir nadando sin miedo hacia el mar abierto?

Recuerdo que, siendo yo muy pequeña, mi tía bisabuela vino a casa de mis abuelos, en Auvernia, para celebrar en familia la fiesta del 15 de agosto. Era una solterona, como se decía entonces, vestida de gris, con gruesas medias de lana que formaban arrugas y un olor a violetas algo mustias. Una señal particular: tenía pelos alrededor de la boca. Y como me había traído pasteles, llegó el momento de besarla para darle las gracias. Nunca he hablado del terror que sentí, hasta tal punto hubiera sido indecente decir en voz alta esas cosas sobre las viejas y los viejos.

Mi abuela se quedó viuda muy joven. Desde la muerte de su marido, se convirtió en una vieja. Llevaba eso que se denominaba «vestido de vieja», que ella misma había comprado en París, en La Belle Jardinière, en el depar-

\* La autora se refiere aquí al libro *Cosas vistas*, de Victor Hugo. (N. de la T.)

tamento adecuado. La única fantasía que se permitía era una piedra de azabache prendida en el vestido. Se parecía a todas las demás señoras mayores. Así vestidas, no se podía adivinar su edad.

¿Soy de verdad vieja? ¿Y a ojos de quién? A mi entender, depende de los días y de las circunstancias. Es algo fluctuante. Aun así, ¿acaso a ojos de los demás hace mucho que mi suerte está ya echada?

Si hay algo sobre lo que no puedo hacer nada es la edad. Claro que puedo hacer trampas —conozco a personas que se arriesgan a falsificar su carnet de identidad—, puedo mentir o no revelarla. Curiosamente, algunos actores y actrices se niegan a poner su fecha de nacimiento en su currículum, aunque saben que les es imposible olvidarla. ¿Puedes ser joven para los demás y vieja para ti misma? Está la expresión «aparentar la edad que se tiene». Me parece especialmente absurda. Nunca aparentamos la edad que tenemos. Según el día, nos parece que «la aparentamos» o que «no la aparentamos (todavía)». Puedo decirme, efectivamente, que tengo la edad de mi partida de nacimiento, sin por ello ser plenamente consciente o creerlo. De hecho, en mi interior tengo todas las edades, y en mi rostro la que me otorgan los demás. No soy yo quien decide.

Al final de su vida, Marguerite Duras estaba más allá de su edad, lo mismo que está más allá de cualquier categoría literaria. Ella misma decía que era vieja desde los

veinte años, que su rostro quedó devastado para siempre en un determinado momento de su vida. Y como ya lo sabía, no sufría por ello. Incluso le sacó partido al elegir amantes mucho más jóvenes que ella, hombres que sentían atracción por las mujeres mayores. Así que nunca se sintió envejecer. Al principio de *El amante*, escribe: «Un día, ya entrada en años, en el vestíbulo de un edificio público, un hombre se me acercó. Se presentó y me dijo: “La conozco desde siempre. Todo el mundo dice que de joven era usted hermosa, y he venido para decirle que la encuentro más hermosa ahora que en su juventud, su rostro de muchacha me gustaba mucho menos que el de ahora, devastado”».

Ayer, en la tienda de debajo de casa, al ver que un anciano se colaba delante de ella sin pedir permiso, una amiga empieza a rezongar en voz alta y perfectamente inteligible: «Ay, esos viejos, nunca los he podido soportar. Les cogí manía de pequeña y todavía se la tengo». No me atrevo a decirle a mi amiga, de setenta y ocho años —físicamente en buen estado, pero de setenta y ocho años— que hace tiempo que forma parte de esa categoría.

No nos sentimos envejecer. ¿Se trata de un aumento o de una disminución de la vida? ¿Es una sedimentación de experiencias o una serie de golpes contra nuestra vitalidad?

Ignoramos todavía a qué edad empieza la vejez, y probablemente no lo sabremos nunca. Fue Marcel Proust quien nos introdujo en unas coordenadas espacio-temporales que nos hicieron sentir el flujo y reflujos

jo de los latidos de la existencia. Nos condujo al interior de nuestra psique y, gracias a sus palabras, podemos constatar —en ocasiones con deliciosa maldad— cómo envejecen los demás, sin apercibirnos de que nosotros también estamos embarcados en el mismo proceso. Por lo menos a ojos de los demás. No necesariamente en nuestro interior. Cómo saber qué edad aparentamos en una sociedad donde hace cuarenta años que se nos insinúa sin cesar —a través de imágenes, eslóganes e imposiciones— que la juventud no es un modelo, sino EL modelo, que únicamente la juventud es deseable, que solo ella encarna nuestros valores, impulsa nuestros gustos y puede representar nuestras aspiraciones y esperanzas en constante superación de nosotros mismos.

¿Y si algunos jóvenes se hubieran convertido, ya desde los veinte años, en pequeños viejos? ¿Y si nosotros, los viejos, fuéramos también capaces de diseñar nuestro futuro, y no solamente ese futuro restringido que nos preparan? Tenemos el derecho de reivindicar tanto como de esperar. Dejemos de aceptar que nos traten —en ocasiones desde los cincuenta años— como no-sujetos, como esos productos caducados que los empleados de los supermercados tiran al contenedor de basura al caer la noche.

Pertenezco a una generación que vio a sus propios padres y a la hermana de mi madre acoger, cuidar y proteger a mi abuela materna, quien, desde bastante joven —hace medio siglo tenía sesenta años—, sufría de una grave depresión que le impedía moverse y comunicar-

se; lo único que hacía era sonreír. Recuerdo sus ojos azulísimos y la tristeza de su sonrisa, sentada en el sillón del salón, de donde no se movía en todo el día.

Hace unos días telefoneé a mi madre para felicitarla por su cumpleaños. No le gustó. De entrada me explicó que se trataba de un no-acontecimiento y, sobre todo, que llegar a los noventa y dos años resultaba obsceno. «Obsceno», fue la palabra que pronunció. Al comprender que yo no entendía la violencia del adjetivo, se corrigió: «Ridículo, si quieres». Como si se excusara de estar en este mundo. Fuera de edad, más allá del límite, fuera de tiempo. «Noventa y dos años es mucho, demasiado tiempo», añadió riendo.

El verano pasado, a media tarde, en la plaza desierta, un hombre muy viejo estaba sentado en un banco delante de la torre del campanario con un niño de ocho o nueve meses sobre las rodillas. En esa ciudad medieval de la Suiza alemana, el ambiente era de fiesta, y en los cafés se bebía y se cantaba. Solo ellos dos conversaban en silencio, mirando el horizonte.

Hay algo peor que un viejo sin ningún signo distintivo: una vieja. Hay algo peor que una vieja, y es un viejo pobre. Hay algo peor que un viejo pobre: una vieja pobre. Actualmente son estas viejas —cada vez más numerosas— las que constituyen la clase más frágil y expuesta. Con sus pensiones minúsculas o inexistentes se convierten en sujetos de no-derecho y, pese al esfuerzo de las organizaciones caritativas, no alcanzan a vivir en condiciones decen-

tes. También por ellas, por todas las que he conocido en los hospitales públicos o en los centros gerontológicos y que tanto me han dado con su mirada y su esperanza de ser mejor tratadas, he escrito este libro.